



LA PLAZA DEL PRINCIPE DE ASTURIAS

J. M. SÁNCHEZ HERNÁNDEZ

El concepto de plaza a lo largo del siglo XIX se concibe como un centro vital definidor de la nueva estructura urbana. Será uno de los pilares sobre los que se asiente la ciudad moderna. Con sus espacios libres, además de articular hará la función de centro ciudadano. Los espacios abiertos se configuran como encuadres impuestos por los movimientos circundantes¹.

Dentro de esta definición podemos resaltar uno de los monumentos que más ejemplarizan la idea de la ciudad en Santa Cruz, en el siglo XIX. Se trata de la Plaza del Príncipe de Asturias, conjunto que plasma todo el ideal burgués de mediados del siglo pasado. Tal vez sea la obra más presuntuosa que se realizó y en la que la idea de embellecer se suma a la de ordenar la ciudad. A partir de la reactivación económica producida en Canarias a mediados del siglo XIX, tras el decreto de Puerto Franco (1851) y el auge del nuevo cultivo de exportación (cochinilla), las ciudades canarias experimentarán un desarrollo como nunca antes se había producido.

Por una parte el área central de las ciudades se destinaría a la satisfacción del gusto estético y a la comodidad de la nueva clase burguesa enriquecida con el comercio en nuestros puertos. En tanto que en las zonas deprimidas, una población atraída por la inminente coyuntura económica favorable, se congregará ya fuera del estricto ámbito del centro generador de riqueza, para ir ocupando barrios marginales².

Esa zona central de la ciudad donde las ideas de la nueva clase dominante se dejan ver más claramente, será la primera en experimentar un ordenamiento ligado al nuevo estilo formal. En este sentido, la primera reforma urbana importante, fue la realizada a partir de la construcción de La Plaza del Príncipe.



En 1833 se dicta la Ley de División Municipal, por la cual los ayuntamientos podían tener total competencia en el desarrollo de sus ciudades. En 1842, surge la Ley de Alineaciones, que en el caso de Santa Cruz, dió paso a las Ordenanzas Municipales (1852), primera legislación canaria en materia de urbanismo. Toda esta reglamentación dará lugar a la creación de una nueva ciudad burguesa.

El problema era la falta de espacio. El trasvase de la propiedad del suelo urbano va a ser una realidad tras las Leyes Desamortizadoras. Esto supuso la reconversión de antiguos conventos en plazas y edificios públicos elaborados bajo códigos típicamente clasicistas. Un ejemplo de esto en Santa Cruz, fue la utilización del solar del Convento de Santo Domingo, creándose en él dos importantes edificios de «utilidad pública», el teatro y el mercado, realizados en 1848 bajo la dirección del primer arquitecto de Canarias: Manuel de Oraá.

La adquisición del solar donde hoy se asienta la Plaza del Príncipe fue algo más compleja. Se trataba de la huerta del antiguo Convento de San Francisco que pertenecía a la orden de San Pedro Alcántara³. El ayuntamiento no pudo hacerse inmediatamente con los terrenos debido a su precariedad económica. Desde 1822 la corporación veía con agrado el solar para «realizar en él un proyecto de plaza pública»⁴, pero éste fue a parar a manos particulares, tras la última desamortización producida en 1838. Se llegó a pagar por él 135.000 Reales⁵.

Los esfuerzos del ayuntamiento por conseguir el solar, no fueron pocos, pero el propietario Gabriel Pérez, vecino de Cádiz⁶, consciente de que el valor es cada vez mayor, no quiere vender. Estas presiones dieron su fruto en 1857, cuando se acuerda la venta ante notario por un precio de 90.000 reales, pagaderos al contado⁷.

Se le encargará a D. Manuel de Oraá el viejo proyecto de construir una plaza pública, donde queden reflejados los ideales de la clase dirigente de la época.

Con el pretexto de la construcción de una nueva plaza, Oraá intentará llevar a cabo dos objetivos principales:

Por un lado, la creación de un nuevo centro urbano, donde reunan los poderes establecidos de la ciudad (Capitanía y ayuntamiento) a modo de Plaza Mayor⁸, alejado del otro centro ya



existente, el financiero ubicado en el puerto. La falta de espacio hará inviable este proyecto.

Por otro lado, a partir de ese nuevo centro urbano, el arquitecto creará un plan parcelario en 1860⁹. En este plan se propone tomar la idea racionalista por excelencia «de conjuntos geométricos en los que las líneas rectas de las calles a la plaza sean el contrapunto ideal de un ambiente ilustrado, presidido por el orden y la medida»¹⁰.

La idea era reunir los dos nuevos espacios a partir de los solares enajenados tras la desamortización. La calle Norte, hoy Valentín Sanz, hará las veces de eje longitudinal, uniendo la nueva plaza con los edificios anteriormente construidos para el mismo disfrute social: el teatro y el mercado. Este eje cumple también la función de Gran Vía, interceptando a la calle más comercial de la ciudad. La calle del Castillo.

Las vías adyacentes a la plaza serán, o bien reorganizadas, o bien creadas nuevas. La calle del Tigre se acondicionará de forma rectilínea uniendo la nueva plaza con la alameda marítima y con ello con la zona del puerto. Por el Oeste, el nuevo centro quedaba abierto a los nuevos barrios en construcción (Pilar y Barrio Nuevo) y por el otro extremo, unía una de las zonas marginales de la ciudad como era el barrio del Toscal, con el nuevo centro que se perfilaba.

Todo este plan es una nueva forma de entender el urbanismo. Por un lado, se creaba uniformidad en la tipología y racionalidad en el trazado de las calles, que hoy en día son el centro neurálgico de Santa Cruz.

Las obras de construcción de la Plaza del Príncipe comenzaron el ocho de Diciembre de 1857, al día siguiente de haberse efectuado la compra del solar. El acto de inauguración consistió en el derribo del muro norte de la huerta, con la presencia de la banda de música y un convite a refrescos¹¹. Tres días antes había llegado la noticia a Santa Cruz del natalicio del primogénito de Isabel II, el nuevo Príncipe de Asturias, de ahí el nombre de la plaza.

La obra iba a traer muchas más dificultades de las previstas.

La primera gran dificultad fue la característica del terreno pues «tratábase de basalto del más duro del país»¹², teniéndose que emplear dinamita y minas para empezar el nivelado del terreno.



Otro de los problemas planteados fue la falta de dinero para seguir manteniendo la peonada, ya que en un principio la obra fue trabajada por presidiarios, pero por orden mayor éstos fueron relegados y el Ayuntamiento tuvo que emplear obreros a sueldo.

La falta de dinero de la corporación fue una constante a lo largo de toda la obra. Esta quedó relegada a asunto secundario, atendándose con prioridad obras que se consideraban de mayor beneficio público. Un ejemplo de esto fue la remodelación y construcción de un nuevo espigón para el puerto¹³. Esta carestía económica fue paliada en varias ocasiones por la iniciativa particular de algunos burgueses que no querían ver como la obra de embellecimiento de su ciudad se demoraba cada vez más. Surgen así donativos y rifas.

El catorce de Junio de 1860, Manuel de Oraá presentaba su «Plano de la Alameda y Proyecto de Alineaciones y Rasantes de las calles colindantes», quedando aprobado en Madrid por la Junta Consultiva de la Policía Urbana, en Diciembre del mismo año¹⁴. El presupuesto presentado fue bastante elevado, puesto que la obra presentaba unas dificultades desde el punto de vista técnico. Oraá propone un cuadrilátero al mismo nivel que la calle del Norte, a la cual como hemos visto quería darle protagonismo. Para ello tendría que nivelar el rasante de las calles adyacentes al encontrarse éstas a diferente nivel. Se toma la solución de instalar unos grandes muros de contención en los flancos Norte, Este y Sur que corresponden respectivamente a las calles: Ruiz de Padrón, José Murphy y del Tigre. Estas quedaron por debajo del nivel de la plaza, accediéndose a ella por unas escaleras de cantería de doble rampa.

Se propone para el cierre del cuadrilátero el empleo de cantería azul de Sauzal. Esta se veía interrumpida por pilastras. Todo este perímetro sería rematado por «una verja de madera de Tea o en su defecto de la veteada del Norte de América»¹⁵.

En el interior de la Plaza, el arquitecto idea un paseo circular inscrito en otro cuadrado, con dos diámetros perpendiculares al paseo, que conducen hacia el centro geométrico de la Plaza. Este punto central queda disponible para instalar algún motivo dignificador. En 1863 se insta a colocar la estatua del Príncipe de Asturias, pero la escasez económica no hace viable el proyecto.

Otro de los aspectos importantes del interior va a ser la vegetación en concordancia con los elementos arquitectónicos. Esta idea nacida en el Barroco y luego desarrollada por los ideales Clásicos, hacen que los términos de Alameda y Plaza se confundan¹⁶. En



1864 se plantaron los Laureles de Indias y los Plátanos del Líbano traídos especialmente para el adorno y disfrute, dándole un toque de tranquilidad y romanticismo a la Plaza.

Como se puede apreciar se trata de un proyecto geométrico regular y dificultoso, desde el punto de vista de su desarrollo. La idea de la jardinería se confunde con los dibujos geométricos que junto a las líneas rectas de las calles adyacentes dan al espacio una unidad de conjunto.

Aunque la Plaza quedó inaugurada oficialmente el veintinueve de Octubre de 1860¹⁷, todavía quedaba mucho por completar. Tras la marcha de Oraá a la Península en 1862, se van a ir incorporando elementos nuevos a la fisonomía de la obra.

La primera transformación del proyecto primitivo, fue la sustitución del verjado de madera que rodea la Plaza por uno de hierro forjado, instalado en 1863. El hierro será uno de los elementos innovadores insertándose de forma inmediata, no sólo en el entorno, sino también en el interior del recinto. Así se da paso a nuevos conceptos dentro del mobiliario urbano, tales como farolas y bancos, reflejando en cierto modo un bienestar económico y social.

La carencia en Canarias de una industria que fomentara la explotación de este material, propició siempre su importación.

El alarde más espectacular en cuanto a metal, se refiere a la instalación en 1871 de una fuente de gran envergadura en el centro de la plaza¹⁸. Esta fue encargada por una agrupación de jóvenes preocupados por mejorar el ornato del lugar. El encargo se hizo a la fábrica A. Handy Side L.T.D. Derby, Londres¹⁹.

Además de la vegetación y el hierro, el mármol va a ser otro de los elementos definitorios de la Plaza. Va a ocupar todo su perímetro. Por un lado se colocará en forma de jarrón sobre las pilastras de basalto. Por otro, se instalarán dos figuras alegóricas de la Primavera y el Verano sobre sendas columnas en las puertas de acceso del frente. La idea no era nueva, ya que en la portada de la Alameda de la marina existían las mismas alegorías. Tanto los jarrones como las estatuas fueron mandadas a traer desde Génova y colocadas en la Plaza en 1867. El mármol será así un elemento embellecedor del recinto a la vez que actúa de atracción dando dignidad a la fachada de la Plaza.

La conjunción de la piedra, la vegetación, el hierro y el mármol concederán a la obra un aspecto original que será admirado por todos los viajeros que recalaban en la Isla²⁰. Se puede decir que la



verdadera identidad de la obra será apreciada a partir de 1875, cuando quedan colocados los elementos anteriormente citados, a pesar de que su inauguración había sido quince años antes.

Tal vez sea la plaza la obra artística que más transformaciones sufra a lo largo del tiempo. Esto puede ser debido a que al ser un espacio abierto verá en su fisonomía las remodelaciones de su entorno y en muchos casos, sobre si misma.

La obra en cuestión será uno de los ejemplos de lo antes dicho pues va a sufrir las consecuencias de tales cambios a lo largo de toda su historia, pero siempre conservando su espíritu original.

En mayo de 1898 se realizó un proyecto para pavimentar con cemento de Portland el paseo circular del interior y de las cuatro entradas a la plaza; o en su defecto cubrirlo con losetas²¹. Pero debido al precio excesivo del material la idea sólo quedó en eso.

Ya en el siglo XX se cambiaron los jarrones originales, por otros muy similares encargados a la fábrica «Granados» en Santa Cruz.

Uno de los aspectos más importantes a la hora de considerar la transformación de la Plaza, fue el hecho de la sustitución de la fuente de hierro, para en su lugar colocar un kiosco. En 1923 el Concejal de Parques y Jardines inicia expediente para la construcción de un kiosco de hierro y cemento con café-restaurant en su entresuelo. Se le quiere dar a la Plaza una mayor utilidad de servicio público en detrimento de su ornamento. La fisonomía de dicho kiosco era de planta octogonal con tres metros de lado, con basamento de ladrillos revestido con azulejos. Se vio la posibilidad de encargarlo a una fábrica de Granada²². Este proyecto nunca fue llevado a cabo, colocándose en 1929 en el centro de la Plaza el templete de tipología más clásica y de tamaño desproporcionado para el conjunto de la Plaza, que hoy podemos admirar. La fuente será desmantelada para siempre perdiéndose uno de los ejemplos más trabajados en hierro de Santa Cruz.

La Plaza del Príncipe será la pionera en este caso en Tenerife, en la instalación de kioscos a manera de templete, que sirvan de bar y a la vez para actos, casi siempre de tipo musical. Vemos como estas obras se realizan en las plazas de los pueblos del Norte de la isla (La Orotava, Garachico, Icod, etc.).

Otro duro golpe a la fisonomía de la Plaza, fue el llevado a cabo en 1942 con motivo de la ampliación de la calle Norte para acondi-



cionarla para el tráfico rodado. Por este motivo, el frente se verá afectado de forma evidente, perdiendo diez metros de profundidad.

La última reforma de la Plaza del Príncipe, ha sido una de las mayores de su tipo, junto a la llevada a cabo en la Plaza de La Candelaria. Se trata en ambos casos de obras históricas de Santa Cruz, con un gran apego por parte de la población. La Plaza del Príncipe fue desde siempre un lugar grato donde se podía ir de paseo o de descanso. Era de los pocos lugares románticos dentro de una ciudad que lo era cada vez menos; de manera especial en sus alrededores que hoy en día corresponden al centro financiero-comercial de la ciudad. Este papel de «isla de descanso, dentro de un mar de bulli-cio» fue uno de los aspectos que los ciudadanos siempre apreciaron.

Otra de las razones del apego popular de la Plaza, fueron las distintas contribuciones particulares de los ciudadanos para su embellecimiento, a lo largo de toda su historia.

Una de las reformas del tipo de la última, llevaba aparejada una gran expectación en cuanto a sus resultados, máxime cuando las obras se habían demorado ante la incomprensión de la opinión pública.

Era evidente que desde hacía bastantes años, el lugar necesitaba una reforma en profundidad. Su aspecto era bastante desolador donde el descuido y el abandono era lo que primaba. Ante esta situación el Ayuntamiento de Santa Cruz, se plantea el hecho de la reforma ya en 1974. Será en el mes de Agosto del mismo año, cuando se saca a concurso el proyecto de acondicionamiento y reforma de la Plaza. Se presentan dos proyectos, siendo ambos rechazados por la Corporación que por aquel entonces presidía Leoncio Oramas,

Al año siguiente la misma corporación encarga al Colegio de Arquitectos un estudio socio-histórico, con vistas a llevar a cabo la deseada remodelación. Se esbozaba la instalación de un nuevo templete y un acceso directo al Museo Municipal mediante una pasarela que conectara la Plaza con el segundo piso del edificio. Este ambicioso proyecto fue bien acogido por el Ayuntamiento dado que ofrecía una nueva visión a la Plaza; haciendo ésta de antesala al Museo Municipal. Lo que no se vio con buenos ojos fue el coste de la obra. El proyecto quedó archivado en 1976, no volviéndose a tocar el tema hasta el año 1981.



En dicho año se le encarga a Juan Carlos Díaz-Llanos la presentación de un nuevo proyecto. El arquitecto va a proponer dos ideas fundamentales para el desarrollo de la reforma:

Por un lado se quiere recuperar la primitiva imagen de la Plaza, que se había ido deteriorando tras las sucesivas reformas ya comentadas.

Por otro lado, se le quería devolver la dignidad perdida por el abandono y privación de los elementos decorativos originales.

El proyecto presentado por el arquitecto en noviembre de 1981, también pretendía, a modo de líneas generales:

Mejorar el pavimento, arreglo de la jardinería, recuperar elementos perdidos y reforma del templete, junto a la colocación de nuevos kioscos y mobiliario. Pretendía respetar todo el pasado de la Plaza, incorporando nuevos elementos que la hicieran funcional.

En cuanto a la conservación y reparación de lo existente, lo primero que repasaremos serán las obras acometidas en el frente de la Plaza. Este había sido variado en 1942 tras la ampliación de la calle Norte; esto en perjuicio de la Plaza, que había perdido en su frente diez metros de profundidad.

La acera se amplía dándole a esta fachada un aspecto mucho más peatonal. Todo este frente va a ésta rematado por jarrones de mármol y un nuevo enrejado copia del primitivo. Se recupera la baranda que en 1942 con la anterior reforma, había sido trasladada a una barriada periférica de Santa Cruz²³.

Se deja como acceso a la Plaza la entrada frontal presidida por las dos estatuas de mármol, alzadas por dos nuevas pilastras de basalto copia de las originales. Las cuales se colocan en su lugar, puesto que tras el último retoque habían sido situadas en el interior de la Plaza.

El arquitecto abogaba por una idea bastante interesante. Consistía en no cerrar completamente el frente, dejando sus esquinas abiertas. El acceso a la Plaza se haría posible desde las calles adyacentes. Estos dos accesos esquinales iban rematados al igual que la entrada frontal por dos nuevas estatuas que completan el ciclo estacional del año (Otoño e Invierno).

Esta solución nunca fue realizada puesto que el arquitecto creyó oportuno que sólo existiera una entrada frontal, respetando la idea original de la Plaza.

Otro de los aspectos de reconstrucción de elementos originales,



fue la reposición de los jarrones de mármol a lo largo de todo el perímetro de la Plaza.

Se respeta el paseo circular de la Plaza junto a los árboles que lo rodean, pavimentándose con losas de basalto que sustituyen al cemento. Esto supuso una gran dificultad a la hora de diseñar las losetas, ya que el paseo no corresponde con una circunferencia perfecta sino que tiene forma ovoide.

Se crea un nuevo paseo, en este caso perimetral, que recorre todo el borde de la Plaza. Idea innovadora dando alternativa al paseo circular, adquiriendo el presente una visión mucho más amplia de la Plaza.

El pavimento ideado para el resto de la Plaza, o sea, para la zona no peatonal, fue una labor de investigación. Se intentó utilizar el picón con una granulometría adecuada para que no se dispersara y a la vez no se levantara formando polvo. Esto se consiguió por medio de picones extraídos en Las Canteras de Santiago del Teide y de la Montaña de Taco. El acabado de este pavimento ha sido uno de los elementos mejor logrados de la nueva reforma, dándole un carácter de gran espacialidad al entorno no transitable.

Otro de los puntos a destacar, fue el estudio que se realizó sobre la jardinería. Este había quedado en muy mal estado con el paso de los años. Se pretende darle un aspecto nuevo que fuera de plantas acondicionadas a la sombra producida por los Laureles de Indias. La nueva vegetación estaría situada sobre unas jardineras de piedras, las cuales fueron diseñadas a una altura tal, que a la vez que sirvieran de asiento, no se perdiera la visión completa de la Plaza.

Para el mantenimiento de los árboles ya existentes se crea una nueva forma de riego que consistía en una serie de tuberías subterráneas a una distancia de cuatro metros del árbol regando las raíces directamente.

El arquitecto propondrá la ocupación de los cuadrantes de la Plaza para darle una mayor unidad tipológica al interior del cuadrilátero.

La ocupación de unos de estos espacios vendría dada por la instalación de un nuevo bar. En el cuadrante frontal derecho se crea un conjunto de fisonomía oriental, formado por el propio edificio, junto a un cenador y marquesina de hierro. Obra esta que le daría a la Plaza una nueva concepción, siendo uno de los elementos más importantes realizados en la nueva reforma; considerado como de los más diferenciadores del conjunto de la Plaza.



En el otro cuadrante frontal se proyectó un kiosco para revistas y libros del mismo estilo del bar, pero de una superficie mayor. Esto hacía que la Plaza adquiriese en su frente una simetría innovadora.

El presupuesto final de la obra hizo que esta idea no cuajara, perdiéndose ese carácter simétrico citado anteriormente. Queda la Plaza sin este centro posible difusor de cultura, llevándose a cabo el bar como difusor de otros menesteres.

En este primer proyecto presentado, otra de las ideas funcionales fue la proyección de instalar dos cabinas telefónicas del mismo estilo oriental que el bar y kiosco.

En los cuadrantes posteriores, se quiso instalar una pequeña fuente donde se repondrá parte de la fuente que en su día fue instalada en el centro de la Plaza. De ésta sólo se pudo recuperar la taza superior, la cual fue sacada de su olvido en un rincón del Parque García Sanabria. El arquitecto además se preocupó en contactar con la empresa A. Handy Side L.T.D. Company para poder tener una copia exacta de la original que se había demandado en 1870. Esta empresa había quebrado a principios de este siglo pero hubo contestación por parte de la biblioteca de la ciudad inglesa, no dudando en mandar una fotocopia del modelo original.

En el último cuadrante que quedaba se intentó alzar un pequeño kiosco, el cual nunca se llevó a cabo, para no cargar demasiado el interior del recinto.

Esta última reforma estuvo marcada por la cantidad de tiempo que se invirtió en ella. En efecto, el primer proyecto se presentó en noviembre de 1981 y la Plaza fue abierta al público en febrero de 1986. Cinco años son muchos para cualquier obra de reforma, por muy complicada que sea en su ejecución. El problema del retraso tenía otras causas; era de tipo económico, junto a la inoperancia de la Contrata encargada de llevar a cabo dichas obras. En octubre de 1982, se le adjudican los trabajos de realización a la Contrata «Constructora de Castilla, S.A.», elegida entre otras dos concursantes por el bajo presupuesto presentado. Se trata de una nueva empresa peninsular con muy poco bagaje en este tipo de obras.

El día veintinueve de diciembre de 1982 se comienzan los trabajos. Para entonces el presupuesto tiene un año de desfase, habiéndose producido un incremento sustancial en el precio, tanto de la mano de obra como de los materiales, sumándosele además, el 5% de la baja que hace la empresa adjudicataria.

En el transcurso de las obras se van a dar infinidad de contratiempos. Por un lado, retrasos ocasionados tanto por la poda de los viejos árboles, como por la demolición del antiguo bar. Además falta personal y medios materiales a lo que se une la escasa liquidez de la empresa para hacer frente al pago de la mano de obra y de las suministros, situación ésta, que lleva consigo el paro sistemático que llega a ser a veces hasta de quince días. Por todo ello, los suministradores se negarán repetidamente a entregar los materiales.

La obra entra en una dinámica de conflicto llegándose a cambiar tres veces de encargados y otras tantas de aparejador. Esta situación hace que en el mes de diciembre de 1983, tras un año de la ficticia iniciación de las obras, éstas se paralicen definitivamente, rescindiendo el contrato a la Constructora tras su mala gestión. Después de un año de «labor», la Plaza no había adquirido ningún adelanto en su reforma y la preocupación de la opinión pública se manifiesta de forma explícita en la prensa local.

Será en abril de 1984 cuando el Ayuntamiento encargue una nueva redacción del proyecto actualizado para sacarlo de nuevo a concurso. El arquitecto corrige y suprime algunas unidades acoplado el nuevo proyecto a un nuevo presupuesto, ya que el original había quedado encarecido por el transcurso del tiempo, desde su primera redacción. El desfase presupuestario va a condicionar de forma definitiva el resultado del proyecto final.

Se suprimió el carácter simétrico proyectado en el frente, ocupándosele un solo flanco de la Plaza por el bar que hoy existe.

Tampoco se hicieron las cabinas telefónicas y el kiosko. En la parte posterior de la Plaza se realizó, solamente la pequeña fuente. Quedando así ocupados dos de los cuatro cuadrantes proyectados.

La Plaza fue reabierta al público en febrero de 1984. A pesar de la diversidad de opiniones, los resultados cumplieron los objetivos propuestos inicialmente. Se mantuvo el carácter Romántico de la Plaza, recuperando muchos de los aspectos que se le habían ido dejando por el camino de las continuas reformas, añadiéndole además nuevos elementos que le dan un nuevo carácter funcional.





NOTAS

1. GALANTE GÓMEZ, F.: *Historia Crítico-descriptiva de la Arquitectura en Canarias*. La Laguna, 1987. Pág. 84.
2. NAVARRO MURCIA, E.: *Santa Cruz de Tenerife un Puerto de escala en el Atlántico*. Aula de Cultura de Tenerife, 1975. Pág. 43.
3. POGGI Y BARSOTO: *Guía Histórica-Descriptiva de Santa Cruz de Tenerife*. Pág. 121.
4. CIORANESCU, A.: *Historia de Santa Cruz de Tenerife*. Edit. Caja de Ahorros. Santa Cruz de Tenerife, 1979. Tomo III, Pág. 309.
5. POGGI Y BARSOTO: *Guía Histórico-descriptiva de S/C de Tenerife*. Pág. 122.
6. *Idem*.
7. *Idem*.
8. GALANTE GÓMEZ, F.: *Ideal Clásico en la Arquitectura Canaria*. Edit. Edirca. Las Palmas, 1988.
9. GALANTE GÓMEZ, F.: «El Urbanismo». *BASA*, n.º 3. S/C de Tenerife, pág. 45.
10. FRAGA, María del Carmen: *Arquitectura Neoclásica en Canarias*. Edit. Aula de Cultura de Tenerife, 1975. Pág. 7.
11. POGGI Y BARSOTO: *Guía Histórico-descriptiva de Santa Cruz de Tenerife*. Pág. 122.
12. *Idem*.
13. NAVARRO SEGURA, M.ª Isabel: «La alameda del Príncipe de Asturias: Un Documento de su Gestión.» *BASA*, n.º 4. Santa Cruz de Tenerife. Pág. 50.
14. POGGI Y BARSOTO: *Guía Histórico-descriptiva de Santa Cruz de Tenerife*. Pág. 123.
15. *Idem*.
16. FRAGA, M.ª del Carmen: *Plazas de Tenerife*. Edit. Instituto de E. Canarios. La Laguna, 1973. Pág. 43.
17. CIORANESCU, Alejandro: *Historia de Santa Cruz de Tenerife*. Edit. Caja de Ahorros. Santa Cruz de Tenerife, 1979. Tomo III. Pág. 304.

18. POGGI Y BARSOTO: *Guía Histórico-descriptiva de S/C de Tenerife*. Pág. 123.
19. *Idem*.
20. MARTÍNEZ VIERA, F.: *El Antiguo Santa Cruz*. Santa Cruz, 1957. Pág. 93.
21. FRAGA, M.^a Carmen: *Plazas de Tenerife*. Edit. Instituto de E. Canarios. La Laguna, 1973. Pág. 51.
22. *Idem*.
23. Dato concedido por el arquitecto.

NOTA: Mi más sincero agradecimiento a J. C. Díaz-Llanos por la ayuda prestada para la realización de este trabajo.

